La "Mamita" de los "tiznados" ferroviarios es Sor Camila, del Hospital de San Bernardo

SOR Ana Camila, Elena Alvarez Baeza en el mundo, es la "mamita" de los ferroviarios de Chile y vive entregada a su apostolado de cuidar a sus "tiznados" enfermos, en las dos salas ferroviarias del hospital de San Bernardo.

La madre Camila nació en Antofagasta y es chilena y "tiznada", por la gracia de Dios. Ingresó a la Congregación de las Hijas de Santa Ana en 1929, después de haberse graduado como enfermera universitaria con distinción unánime.

Estas monjas abarcan múltiples actividades, pues son hospitalarias, educacionistas, atienden cárceles, asilos y toda obra que signifique servir al prójimo en sus necesidades y dolores. Es así como anexo al hospital funciona la Escuela 24 del Consejo de Defensa del Niño, desarrollando una importante obra de readaptación y formación de menores. El hospital está dirigido en la actualidad por la madre Paulina. Dos años atrás era superiora la madre Cunigunda, quien inauguró en compañía de sor Camila la primera sala del hoy fastuoso "Pabellón Ferroviario" bajo la advocación de San Luis.

La apertura de esta sala no fué un hecho muy fácil. Se hizo contra la opinión y el consejo de las autoridades de la época que consideraban peligroso para las monjas y para el orden del hospital reunir a los ferroviarios en una sola sala, pues para aquellos espíritus pacatos estos servidores públicos tenían fama de revoltosos, y por más señas eran tiznados y gente de pocos amigos.

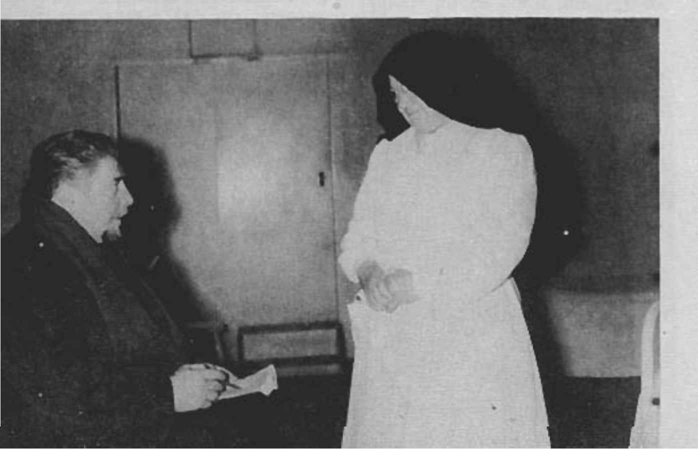
LA MAMITA TAMBIEN ES "TIZNADA"

Desde hace 27 años la madre Camila viene desarrollando su abnegada labor en el hospital sanbernardino. Después de crear la sala San Luis para los obreros ferroviarios empezó a estudiar la manera de crear una nueva sala, pues los ferroviarios enfermos comenzaban a llegar de toda la red y era preciso ampliar las instalaciones.

La tarea es dura en todo sentido. Es necesario reunir dinero y luchar contra los timoratos y suspicaces que aconsejan a la monja no meterse con los ferroviarios, porque "son comunistas y gente terrible".

Pero sor Camila no sabe nada de cosas políticas y eso es lo más grande de esta mujer admirable. Actúa por esa fuerza secreta, tierna y dulce que Sócrates llamó la sabiduría del corazón, y se puso a edificar su sueño: el "Pabellón Ferroviario", para servir a sus "tiznaditos", sin importarle que éstos fuesen comunistas, radicales, anarquistas, católicos o evangélicos. Sus desvelos y cuidados son simplemente para sus enfermos.

La "mamita" de los ferroviarios hace declaraciones a "En Viaje"



La bondad de su corazón se impuso a las vicisitudes y suspicacias y su hermosa labor ha sido reconocida con admiración y gratitud por todos los ferroviarios que con extraña unanimidad la han declarado "monja tiznada" y luego la "mamita", nombre este último que la enorgullece dentro de su modestia evangélica.

TIENE GRADO DE MAQUINISTA

Como sor Camila dedicaba las 24 horas del día a la atención de los ferroviarios, ha recibido el reconocimiento oficial de la Empresa, que le ha otorgado grado y sueldo de maquinista, figurando por lo tanto en las correspondientes planillas.

Placa de una de las salas inauguradas estos últimos años



Un día del año 1955 unos ferroviarios enfermos la sorprendieron llorando. Se asustaron mucho, porque no comprendían cómo una persona que les curaba sus dolencias pudiese tener penas. La madre les cuenta sus cuitas y les lee una carta de su madre que residía en Bolivia. Había muerto su padrastro y la señora quedaba sola.

Los enfermos llamaron a sus dirigentes, en su mayoría comunistas, radicales y socialistas, y el gremio se movilizó para ayudar a la "mamita". Se hizo una suscripción, se compró un sitio y en la fiesta de las Bodas de Plata de sor Camila los dirigentes se lo entregaron con estas palabras: "Mamita: su mamá

se viene a vivir con nosotros. Hemos resuelto comprarle un sitio en San Bernardo y lueguito saldrá la casa". Hoy, esto ya es realidad. La monja tiene un chalet donde instalará a su madre, gracias al generoso gesto de sus "tiznados".



El Director General de los Ferrocarriles del Estado, don Fernando Cruchaga S. M., felicita a sor Camila en la Maestranza de San Bernardo, durante un homenaje que le rindieron 1.800 ferroviarios a su "mamita"

LAS BODAS DE PLATA

Al cumplir sus 25 años de religiosa sor Camila recibió un homenaje que la emocionó hasta las lágrimas. Fué algo grande, nunca visto en San Bernardo.

La Maestranza de los Ferrocarriles suspendió sus labores y los 1.800 obreros con el Director General al frente, se presentaron en el hospital a rendirle un homenaje a la madre de todos los "tiznados" que durante 22 años los atiende tan abnegadamente en el Pabellón Ferroviario.

La señora María Gandarillas de Cruchaga en la sala de la maternidad que lleva su nombre, en el Hospital Ferroviario, tiene en sus brazos a Angela del Rosario, hija de ferroviario, que parece no atreverse a dar sus primeras miradas al mundo

En la puerta de la segunda sala se colocó una placa con una locomotora en relieve y con el nombre de sor Camila.

El Director, al descubrirse la placa, se adelantó y la abrazó en nombre de la Empresa, en medio de atronadores aplausos. Los ferroviarios quisieron otorgarle una medalla de oro con motivo de tan fausta oportunidad; pero la "mamita" declinó el obsequio por estarle prohibido aceptar esta clase de galardones.

Los "tizhados", ni cortos ni perezosos, cambiaron la medalla por una estatua de la virgen del Carmen.

La comisión que hizo entrega de la virgen a sor Camila estaba formada por un comunista y por un evangélico, para demostrar que esta monjita admirable ha rebasado los límites de las religiones y de los credos políticos.

UNA CHARLA CON SOR CAMILA

Una de estas últimas tardes visitamos el hospital de San Bernardo con el objeto de conocer y saludar a la "mamita" de los "tiznados".

La encontramos en compañía de la señora María de Cruchaga, esposa del Director General, que había concurrido ese día a visitar la sala Maternal Ferroviaria que lleva su nombre.

Sor Camila nos conduce y nos muestra con cierta deleitación y orgullo el "Pabellón Ferroviario", que más parece una clínica particular, pues tiene salas de lectura, comedores, receptores de radio, etc.

Con voz lenta y agradable nos habla de su lucha constante por el mejoramiento de las salas y el bienestar de sus enfermos.

—Yo quiero a todos mis tiznaditos por igual. Me da lo mismo que éste sea anarquista, aquél comunista, el otro radical, el de más acá evangélico y el de más allá católico. No me interesa el modo de pensar de los que llegan a esta casa, sino la enfermedad o lesión que traen sus pobres cuerpos dolientes.

—Todos son mis hijos y me quieren. Son muy buenos.

La madre sonríe y agrega:

—Son tan buenos que siempre me están ayudando en toda forma, incluso cuando hay que arreglar una cañería o cualquier desperfecto en las salas ellos lo hacen fuera de sus horas de trabajo con excelente voluntad. Para que ustedes comprendan có-

Sor Camila posa junto a Luis Chacón, uno de sus "tiznaditos" que está hospitalizado y a quien atiende con maternales cuidados



mo son de buenos mis hijos, escuchen: Tuvimos aquí unas viejitas menesterosas que el hospital iba a dar de alta porque el mal de que adolecían no era otra cosa que vejez. El caso era que el hospital necesitaba las camas y las ancianas eran indigentes y no tenían donde ir. ¿Qué hacer? Comuniqué el caso a mis "tiznados" y en un dos por tres me reunieron dinero suficiente para habilitar una salita. Allí las pusimos hasta que murieron. ¿Qué me dicen ahora de mis chiquillos?

LE HA METIDO DOS GOLES AL DIRECTOR

—¿Podría, madre, contarnos alguna otra anécdota? —preguntamos. Sor Camila se reconcentra y con una sonrisa de picardía responde:

—Esperen... Tal vez... una vez le metí un gol al Director General señor Cruchaga... es muy bueno y nos ayuda mucho...

Creemos haber oído mal y un tanto desconcertados repetimos:

¿Qué, le metió un gol...?

—Sí, un gol al Director... lo que oyen... Es decir, no fué uno, fueron dos —dice sor Camila riendo de buenas ganas. Nosotros nos contagiamos y entre risa y risa le decimos:

—A ver, madre, cuente, cuente...

—Muy simple. El primer gol se lo metí al señor Cruchaga cuando me rindieron el homenaje por mis Bodas de Plata. Había muchos castigados y suspendidos. En el momento en que el Director me abrazaba yo le pedí que para que la fiesta fuera más alegre levantara todos los castigos y el Director accedió; el impacto era imbarajable.

El segundo... ése es olímpico... Me faltaban unos catrecillos y resolví adquirirlos a toda costa, pues tenía enfermos con los colchones en el suelo. Visité una fábrica y los compré... de boquilla, como ustedes comprenderán.

Me fuí a ver a don Fernando, quien me recibió muy gentil.

—¿Qué la trae por acá, madre Camila? —me preguntó.

—Vine a comprar unos catrecitos que me hacían mucha falta.

—¿Y los pagó? —inquirió el señor Cruchaga.

—Eso es lo que falta, pues, don Fernando, —le contesté y ñalay cullín como dicen los hermanos araucanos.

—No sé mapuche —me respondió riendo el Director, pero sospecho que...

—¡No tengo ni cobre! —le interrumpí. Esa es la traducción literal de la frase y la verdad purita del caso, terminé diciéndole, muy suelta de cuerpo.

—El señor Cruchaga llamó por teléfono no sé a quien; pero recuerdo que le dijo: La madre Camila me acaba de meter un gol y hay que pagarle unos catres que compró para sus "tiznados".

Como puede verse sor Camila no se anda por las ramas ni se duerme en sus laureles. Cuando se trata del progreso de sus salas ferroviarias y del bienestar de sus "tiznados", ella mueve durmientes de paciencia, locomotoras de entusiasmo y maestranzas de bondadosa caridad.

M. G.